

DÉCIMOCUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

(Ciclo C)

Padre Jorge López Teulón

"Rogad, pues, al Dueño de la mies..." Obedecemos hoy al mandato de Cristo, y unidos a la Iglesia hacemos, antes que nada, una profesión de fe, pues al rogar por las vocaciones reconocemos que son un don de Dios y, como tal, hay que pedirlo con súplica incesante y, sobre todo, confiada.

El cardenal Danneels, arzobispo de Bruselas, en octubre del año 1996 en un Congreso sobre las vocaciones celebrado en Lourdes, (30 Días, 1998, p. 31 ss) afirmaba que la falta de vocaciones en la Iglesia se puede comparar al exilio sufrido por el pueblo de Israel narrado en el Antiguo Testamento. *"Es -afirma él- en el tiempo del exilio cuando se aprende que es Dios quien actúa."* Si Dios manda una prueba es para hacernos mejores.

La primera impresión cuando se vive en la prueba, cuando se vive en el exilio es la desazón y la tristeza: ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué nos sucede esto? Pasar del desánimo a la rebelión es cuestión de poco... Por eso conviene no apartarse nunca de la oración. Por eso esta primera palabra: *"Rogad"*. A través de la oración, aunque nos rebelemos contra Dios... Como decían aquellos dos rabinos del campo de concentración de Auschwitz: *"Señor, tú no existes; porque si existieras no estaríamos en esta miseria."* Y después de rebelarse con estas palabras, en silencio decían: *"Y ahora, oremos al Todopoderoso."* Nunca debemos perder la esperanza.

Casi sin saberlo muchas veces nos hacemos pelagianos. ¿Qué quiere decir esto? Que pensamos poder construir el Reino de Dios con nuestras propias fuerzas. Pelagio decía: *"Es suficiente tener un poco de voluntad y se llega al cielo."* Nada tan contrario al dogma de la gracia y de su absoluta necesidad, que nosotros tenemos tan olvidado. Además está en perfecta contradicción con todo lo que vemos a nuestro alrededor: la ilusión de la eficiencia, el fiarnos sólo de nuestras fuerzas. ¡Pobres de nosotros!... Cristo, el Señor, comienza: *"Rogad al Dueño de la mies..."* Luego, id a las casas y allí evangelizad...

"Dios me libre -dice San Pablo- de gloriarme si no es en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo". Y el Salmo 38 afirma: *"Yo me callo, ya no abro la boca, porque*

eres tú quien actúa". Así, se llega al momento de la humildad, de la dependencia, de la omnipotencia de la gracia en nosotros, de la ternura de Dios, de la paciencia del parto, de los sufrimientos. Y entonces sólo nos quedan dos salidas desde el Evangelio: o nos abandonamos al desánimo o nos dejamos atar a la fe. Estamos, pues, obligados a la adhesión, a pegarnos a la Palabra de Dios, exactamente como Pedro cuando navega. No tenemos más que esta palabra: "*Tira las redes*". Nada más.

Estamos obligados a creer y a tener esperanza, a pegarnos totalmente a la desnuda Palabra de Dios, a los sacramentos, al Espíritu Santo, a la única barca que puede salvarnos del oleaje, a la Iglesia.

Cuando el Evangelio -el Evangelio tal como lo vivió San Francisco de Asís, *Evangelium sine glossa*, como decía él, el Evangelio sin comentarios, sin notas, sin nuestros añadidos-, cuando el Evangelio nos dice: "*Si te golpean la mejilla izquierda, ofrece la otra*", no es necesario añadir nada, está todo perfectamente claro. Tenemos la tentación de interpretar el Evangelio, y de no profundizar en él, sino edulcorarlo, haciéndolo plausible, hundiéndolo en una especie de infinita preevangelización, en la que, al final, nos quedamos en la puerta de la Iglesia, cerca de la pila del agua bendita, sin ni siquiera mojarnos la mano. Ahora bien, cuando se empieza a edulcorar de esta manera el Evangelio, a comentarlo privándolo de su fuerza, nos empuja a actuar haciendo que los demás no lo escuchen, que los jóvenes se separen de la verdad del Evangelio.

Esta vida en esperanza nos hace vivir según la oración, según esta primera actitud de oración: "*Rogad al Dueño de la mies*".

Hace unos días un joven me dio una carta que había escrito para solicitar el ingreso en un Instituto religioso. Tiene 19 años. Después de hablar de cómo Dios había ido preparando su camino insistía:

"Puede ser que te lo esté pintando demasiado bonito, pero tengo la certeza de que va a ser duro, muy duro. Tengo miedo a sufrir, a no encontrar hermanos a mi lado en los que pueda apoyarme, a ser rechazado por mis propios hermanos, a acomodarme, a decir 'todo vale'. Pero a lo que más miedo tengo es a no hacer la voluntad de nuestro Padre, a no hacer la voluntad de Dios. Y si sigo escribiendo es porque el amor de Dios...

es mucho más grande que mis temores..."

Hoy, como aquel día en que el Maestro envió a los setenta y dos y presentó esta súplica a sus discípulos, debemos tener claro que la espera suplicante de nuevas vocaciones debe ser cada vez más una práctica constante y difundida en la comunidad cristiana en la Iglesia. Así se podrá revivir la experiencia de los apóstoles aquel día del Cenáculo, unidos con María, esperando en oración la venida del Espíritu, que entonces como hoy no dejará de suscitar en el Pueblo de Dios TESTIGOS VALIENTES Y HUMILDES DEL EVANGELIO.

